

La pedagogía de Dewey y la nuestra

COMENTARIO A UN HOMENAJE DE AMERICA

Para el pensamiento actual, transido de naturalismos para una filosofía que ve el mundo "bajo especie biológica", que es especie de temporalidad, eso de que los americanos representativos sean hombres cargados de años, debía ser algo tan escandaloso como fué el descubrimiento de los números irracionales para aquella mente pitagórica, que veía todo bajo especie de geometría, que es manera de eternidad.

Desfilan por las calles de Nueva York, millonarios de ruidos, joviales cortejos, entre enjambres de estrallos; suenan sus saxófonos los "boys" de Harvard, y los ángeles músicos de Van Eyck tiemblan de envidia en el cielo; sáta Lindbergh en comba el Atlántico, y aterrizza más ágil que Aquiles, todo adolecencia y flor de sonrisas; corren unas "girls" las cuatro yardas, y frente a ellas las niñas griegas parecen inválidas que se arrastran por los frisos. El intelectual europeo asiste a esto y se queda asombrado ante la juventud de América. Diríase que fué el pueblo americano quien firmó el pacto con el Maligno a cambio de la modernidad inmarcescible. Ahí están, a la otra orilla de las tierras gastadas de Europa, esas praderas yanquis en abril perpetuo, bañando sus paisajes de potros y de leguas en un aire matinal, recién nacido.

Pero he aquí que se nos ocurre, como a Poussin en la campiña romana, situar en esos paisajes un poco de mitología. ¡A ver, los dioses, bajen a las praderas! Vengan los "genius loci" a poblar, en olimpo, esos campos vírgenes, donde se le ocan arrugas al planeta. Proyectamos en la geografía cinematográfica de América sus propios mitos, y ya cambia la edad del mundo nuevo. Porque es mito de la industria americana se llama Henry Ford; el de la Banca, Rockefeller; el de la técnica, Thomas Edison. Pero todos estos ilustres americanos, todos estos característicos—o características—de U. S. A. constituyen un respetable elenco de estantiguas. Gente en plena madurez en la época de nuestros abuelos, cuando la guerra de Cuba y el Tratado de París, ese Tratado en donde España firmó su última derrota y Europa firmó, al abandonarnos, su renuncia a todo derecho imperial.

Henry Ford, John Rockefeller, Thomas Edison, rostros de pergamino para el cuerpo eléctrico de América. Rostros de pergamino, es decir, máscaras. Quizá América enmascara su ímpetu incipiente en los ritos secretos y mágicos de la iniciación. Rituales tribales, de pueblo primitivo, con "totems" deportivos y raptos nocturnos, bajo focos de alta tensión y músicas en celo de Igor Strawinsky. Corazón de oían, erótico de primavera y tembloroso de lunas desnudas. Incendio de adolescencia en la tierra caliente de Virginia y de Texas. Danza de pieles adámicas en torno al fuego de la juventud, que es fuego sagrado. Entre las selvas en rescoldo de California acecha el alma elástica de América. Pero allí están los viejos para enfundar el salto en preceptos y helar con nieve dogmática el ardor primitivo. Mientras la tribu, ávida de impulsos incógnitos, bulle, el consejo de ancianos delibera. El Consejo, en donde el viejo Edison es el viejo brujo, y John Dewey es el sacerdote, el maestro, el "clerc", el filósofo.

La filosofía de Dewey acaba de ser reverenciada estos días por todas las Universidades yanquis, con ocasión de cumplir el senecto John el setenta aniversario de su nacimiento. Reverencia, al reverendo, en forma de memorias, libros de homenaje y monografías. Sin sacrificio de sangre, esa sacrificio de

tinta. ¡Sin sacrificio de sangre! Acaso no fueran más implacables los dioses incos que este falso dios de una pedagogía que exige el tributo de la personalidad, que es sangre de ser y trascender. Cada comienzo de curso, millares de adolecentes ofrecen su vida a las tablas de la ley Dewey. Degollación de espíritus tiernos en aquella tierra de pedagogos positivistas y pastores. Paisaje de Antivisto Teatamento, con corderos y asesinatos.

El gran éxito—ahora consagrado oficialmente—de la pedagogía de Dewey es haber logrado una máquina de tortura y una guillotina para el espíritu, disfrazada con el aparato de la más nueva técnica y con las apariencias del modelo último. Por eso la aceptan con entusiasmo los americanos, como un tipo de Ford o de Buick, blanco de níqueles y fácil de manejo.

Ló mismo que Ford con el automóvil ha hecho Dewey con la pedagogía: abaratarla. Ponerla al alcance de todas las fortunas. Darle capacidad de exportación, en condiciones de llegar a países remotos y atrasados. Así, esa pedagogía específicamente americana—aunque en oposición a lo más auténtico de la espiritualidad de América—ha sido objeto de adopción en China y en Turquía, y objeto de madrigal y elogio en la Rusia de los Soviets. Y es que, como insinúa Keyserling, la pedagogía del doctor Dewey es típicamente una pedagogía para "chauffeurs".

Desalmando lo que en el pragmatismo de James había aún de sentido tradicional metafísico, y perfiando con alguna suavidad dieciochesca el "behaviorism" de Watson, Dewey construyó un sistema educacional capaz de lograr, en serie, un tipo de hombre con hábitos útiles. Partiendo de una concepción zoológica de la humanidad, según la cual ésta, como la animalidad, es un repertorio de hábitos, el "behaviorism"—de behavior: conducta—enseña el modo de determinar y regular, desde afuera, esa conducta habitual. Para ella lo exterior, el medio, es decisivo. En consecuencia, la pedagogía behaviorista ha de ser, ante todo, una educación social por el medio. Así, literalmente, define su pedagogía Dewey, en un libro de nociones mediocres—"Democracy and education"—, que ha llegado a ser la biblia—la biblia en pasta—de los colegios de América.

"We never educate directly, but indirectly, by mean of the environment", es su fórmula. Para conseguir ese medio, el doctor Dewey hace con la atmósfera que rodea el escolar, lo que la máquina neumática con el aire: quitarle riqueza y variedad. Un medio simplificado, uniforme y "standard" o sea al estudiante, para convertirlo en algo útil a la sociedad.

El hombre que Dewey pretende formar es el "homo faber", el hombre instrumento, pieza o tornillo de la mecánica colectiva. No es, en cambio, "una persona", un ser espiritual, capaz de concentrar en sí todo el orbe de valores morales, en unidad anhelante y trascendente de intencionalidad y amor.

Pero hacer de la naturaleza del hombre sobrenaturalidad espiritual; hacer de la carne, verbo, y de los hábitos, valores personales, es el fin de la educación actual, como de la educación clásica. Sobre la educación individualista de Rousseau y la educación rebafiaga de Dewey, la educación humanista—y humana por demasiado humana, por divina—afirma su afán de esculpir un personalismo jerárquico, en donde cada persona viva en sí, viviendo amorosamente en lo que le supera, hasta ascender a esa imponente realidad de la cual está colgado el mundo, y que es,

Una sesión violenta y por todos conceptos lamentable

TOLEDO 17 (10 m.).—Comunican del pueblo de Menasalbes que en la noche del sábado, y con motivo del malestar del pueblo, se produjo un altercado al terminar la sesión del Ayuntamiento, entre el alcalde socialista, D. Demetrio Sánchez, y el concejal de la derecha republicana D. Adolfo Arnáez, que se hallaba embriagado y tenía una pistola en la mano.

Intervino un correligionario de éste, llamado Victoriano Sánchez Medina, y resultó herido en el brazo derecho al intentar que aquél guardase el arma. El público que asistía a la sesión se amotinó, y el causante del escándalo tuvo que huir por una ventana al tejado; pero durante la refriega el Sr. Arnáez recibió varias puñaladas, y se refugió en el Casino. Al saberlo el vecindario se amotinó y apedreó el edificio donde estaba refugiado el Sr. Arnáez, que, protegido por un hermano suyo, logró escapar, otra vez y esconderse en una huerta, donde pasó la noche. A la mañana siguiente pudo ser trasladado al hospital de Toledo.

La Guardia civil disolvió los grupos y restableció el orden.

La versión oficial dice que durante los sucesos se hicieron varios disparos y que resultaron dos heridos de pronóstico reservado.

El vecindario sigue exaltadísimo, y la Guardia civil vigila la población. (Febus.)

LAS TRAGICAS BECERRADAS

En una becerrada resultan cuatro heridos, uno de ellos gravísimo

VICALVARO 17 (9 n.).—Ayer se celebró en este pueblo una becerrada durante la cual resultaron cuatro espontáneos heridos, uno gravísimo, que fué trasladado al Hospital General. Se llama José Francisco Buñes, Alomer, de veintinueve años, vecino de Vicalvaro. Sufró una herida de asta de toro en la fosa ilíaca derecha con salida de los intestinos.

Los otros heridos son: Octavio Perfecto Hernández, de Madrid; herida de asta de toro que le interesa la piel y tejido celular, grave; Miguel Montajo Tutor, de veintitrés años, de Tetuán de las Victorias, herida confusa en el pie izquierdo, leve, y Tomás Martínez "Martinito", de veintidós años, fractura de la clavícula derecha, pronóstico menos grave. (Febus.)

ante todo, espíritu infinito y personal.

Para tal pedagogía es la escuela, sin duda, escuela de trabajo, pero es más que eso—María frente a Marta—, escuela de amor. De amor al mundo y amor al sobrenatural. O como los antiguos decían: de "amare mundum in Deo" y "amare Deum in Deo".

No se trata, pues, de desdénar la mecánica, sino de montar sobre ella esa mecánica celeste donde los astros son atraídos, dantescamente, por el Eros de la luz sobrenatural.

Sólo proyectado a esa luz es la esencia del hombre su reflejo específico. Ese fulgor, doble y unitario, que le hace ser "el callejón sin salida de la naturaleza" y la salida al azul intacto del callejón. La pedagogía de Dewey recuerda que el hombre es un ser animal. Pero ignora la ilustre corrección cartesiana: "Un animal, sí; pero con la idea de Dios."

Eugenio MONTES

(Prohibida la reproducción)

Lea usted "El Sol"